

ANTOLOGÍA

PEDRO GARCÍA CABRERA



POEMAS



33

Estrellas muertas de risa en la glándula del puerto.
Calamares bajo el ala de todos los barcos cluecos.
Olas empujando muelles lleno el lomo de luceros.
El viento haciendo cabriolas en un bosque de trapecios.
Y una luna degollada de cerradura en el puerto.

(Líquenes, 1928)

NI A LA VOZ de la sombra del recuerdo.
ni frente a las piteras ni a las islas.
ni sobre los tirantes ventisqueros
se detendrá un instante la mirada
que te humedece todos los rincones.
un destino veloz signa tu frente.
y has de seguir así. tus bisturíes
afilarán las torres y las cumbres,
las aguas de la mar y las esquinas.
y se hincarán tan hondo en tus espejos
que han de sangrarte nieve los costados.

(Transparencias Fugadas, 1934)



ORÍGENES

Un circuito de bocas
hizo botar la chispa
en el aire moreno.
¡Oh, qué beso incendiado!
Frenéticas, las llamas,
de pie sobre sí mismas,
ascendían al rostro de la altura.
Espavorido cielos
huían con sus lágrimas auestas
y huracanes de días y de noches
extraviaron sus arpas.

Tú nada sabes, isla, casco
de ángel caído, en rebelión ayer,
hoy confinado monólogo de roca
en este vivir nuevo
de mar, y cielo, y soledad despierta.

(La rodilla en el agua, 1934-1935)



LOS SENOS DE TINTA

Aquel día escribía el elogio de sus senos –ya había hecho el de sus rodillas y hoyuelos del rostro–. Sus senos melodiosos, en la escuela contigua, despoblada de chicos, frente a los bancos desiertos y las paredes enventanadas de mapas de colores como una cuadrada pompa de jabón amplificada. Sobre las cuartillas se iban enfilando las palabras. Palabras en relieve, que se alzaban en la blanca llanura construyendo poco a poco dos colinas perladas en un valle de mármol. A veces, ellas, las palabras, no salían espontáneas. Se trababan en ocultos zarzales de tormento, perdían trazos de sí mismas, o llegaban con desgarrones por donde escapaban sus turgencias, quedando sólo unas ringleras de odres vacíos, flácidos, sobre el papel

(Fragmento, 1934)

HABLA EL PÁJARO DEL SUEÑO

Como por sus hábitos se desconocen los fantasmas
quiero exponer la clave de mis actos mejores.
Así aprenderéis
que
para psicoanalizar el vuelo de las mariposas
no hay mejor aparato que los imanes de mi propio pico.
Que no siento envidia de la niebla
porque la verdadera soy yo mismo, adaptada
a la forma de mi deseo de trotamundos.
La que veis en el campo es sólo un espejismo
que no puede sostener las arañas de los reflejos.
Que aprovechando los insomnios de mi larga cola de
encaje
puede un insecto oscurecer la noche de unas sienes.
Lo que no sabréis nunca es si los caminos
dan el pecho o la espalda a los transeúntes
porque depende
de cual de mis alas señale el oeste de un grito.
Nadie podrá explicarse que mi mayor sorpresa
sea hallar un violín pelirrojo
en una voraz planicie de hielo,
aunque sepa que el color de las ansias
es el del llanto de un amor madurado entre ortigas.
Lo mismo de un caracol, que de un suspiro, que de una
pezuña,
haría un micrófono
para oír el jadeo del agua en los fondos de la luz.

Si existiera mi muerte
enviaría a buscarla por mis ojos adentro
con el primer sombrero de copa que pasase
vestido con plumas incendiadas.
Hay una palabra única que me levanta la ternura,
esa que se balancea
en la punta de la lengua de un retórico.
Para mí nunca llueve, pero si me lloviese
serían letras góticas y algodones en llamas.
Este es mi alcohol. Líbalo mientras duermes.
Por esta vez tan sólo a conduciros voy
al paisaje más iracundo de la tierra,
sangrando a la derecha de un ensueño de alondras.
Ninguna esperanza
me obceca,
tanto por ser todas las obcecaciones a la vez
como por inclinarme más allá de todos los mares.
Así comprenderéis
que no tengo salvación fuera de mis costados,
que soy azar y suerte
porque vivo en las fuentes de donde manan,
que siendo la más audaz caja de prestidigitadores
anido en la encrucijada de las querencias.
Y que mi exclusivo fracaso,
el mío,
el del pájaro del sueño,
es que nadie me reconozca
como la ganzúa de todas las claridades.

(Dársena con despertadores, 1936)



CON LA MANO EN LA SANGRE

Nadie se acuerda ya de la Gran Guerra
y aún tienen los ríos su largo brazo en cabestrillo
y los ojos saltados los puentes
y corazones ortopédicos los hombres.
Sólo tú, yo y aquel sueño polar de golondrinas,
con nuestras aguas verdes por la espera,
batimos el recuerdo en tu mármol, en mi frente, en su oído.
Nos venderán de nuevo
aunque prosigan con su rebelión armada los rosales
y la mentira con sus tres dimensiones y un pico con ojeras
y el treno de los trenes en el trino de una estación al este de
los mares.
Todo se perderá: corales, ruiseñores,
la última comedia que apunte el caracol desde su
concha,
los diarios que voceen las ranas al crepúsculo,
tu orfelinato de montañas locas,
tantas y tantas cosas que ignoran los cipreses.
Y de tu voz, hasta de tu voz que enlaza la seda con los
pámpanos,
fabricarán cañones que habrán de bendecir los obispos
para que rompan más eficazmente las venas de los sueños.
Se nos dará una gran razón: que somos hijos de la patria,
sin saber que a ti, a mí y al sueño polar de golondrinas
nos sobra espacio para vivir aun dentro de un beso de
paloma.

(Entre la guerra y tú, 1936-1939)

LA ARENA Y LA INTIMIDAD

XXX

Te siento contra mí dándome vueltas,
sitiado el corazón y la mirada.
Y si agrios son tus sures, tus ponientes
a mis trigos le muestran la guadaña.
Y tus nortes son cepos y espejismos.
Y tus estes, los filos de una espada.
De lejos y de cerca, va la muerte
noche y día tocando sus rondallas.
Y arropas tus sigilos avizores
en tus lentas enaguas de campana.
Y escuchas de mis venas los latidos
en tu sueño de inmensa telaraña.
Y me rondan los corros de tus dunas.
Y tus voces de alfanjes me amenazan.
La rosa de tus puntos cardinales
es un cerco de fosos y de lanzas.

(La arena y la intimidad, 1940)



XXIII

Este silencio cósmico que ahora
afila en las estrellas mi garganta;
estas lomas redondas que me alejan
dentro de un frío corazón inmenso;
este cristal sin fin; estas llanuras
que me vuelan sin irme y sin traerme;
esta fuga total, ya desprendido,
liberto de mi sangre, sin que el eco
del sueño de una sombra me recuerde
que he tenido dos manos, que he cruzado
a cuestras con mi voz y mis esquís
por la leve cornisa de los vientos,
jinete ya de soledades puras,
me han dejado tan sólo por fronteras
esas profundas bocanadas de aire
que duermen en su fondo los espejos.

(Hombros de ausencia, 1942-1944)



A LA MAR VOY TODAVÍA

Dime, tú, mar, hora, ¿a qué naranja
he de tender mi frente?
¿debo arrancar de cuajo tus arenas,
golpear tus rumores,
escupir tus espumas,
matar tus olas de gallina de oro
que sólo ponen huevos de esperanza?
La paz te he suplicado y me la niegas,
mi ternura te ofrezco y no la quieres.
Pero algo he de pedirte todavía:
que no hagas naufragar a mi palabra
ni apagar el amor que la mantiene.

Aún mi mano en la mar, así lo espero.

(La esperanza me mantiene, 1959)



NANA DE UNA ISLA

Ella había nacido para el mar.
Las curvas de su espalda,
desde muy pequeñita,
tenían cumpleaños de olas.
Se despertaba
con rumores de playa en los costados,
con sus cabellos de alga en las arenas
y el pez de la sonrisa
nadándole los labios.
Crecíase hacia adentro,
hacia sus libertades submarinas,
que tomaban el sol abriéndole los ojos
en tirones de sueños y resacas.
Por la noche soñaba con sirenas.
Un día se fue al mar:
iba llorando soledades.
Una lágrima fue su salvavidas.
De ella tomó volcán, intimidad y contorno.
Y se quedó flotando entre las aguas.
Ahora es una isla que llaman Tenerife.

(Vuelta a la isla, 1968)

MENSAJE AL ESPAÑOL PEREGRINO

Me he acordado de ti muchas veces,
 en invierno, en verano,
 en la hora nocturna y en el sol de justicia.
 En invierno,
 cuando la lluvia injerta en la frente los cielos,
 tú has estado conmigo,
 salpicado también por tus gotas,
 no a través del cristal del pensamiento,
 sino en mi paso apresurado,
 en el gozo de mojarte
 dentro de un aguacero
 que escribe con su letra nuestro nombre.
 En verano,
 cuando tu piel se vierte con la mía en el mar
 —al que estamos unidos en familias de olas,
 en rumores de selva y arrebatos de ira—
 tú has pisado conmigo la arena de las playas
 donde soñamos unos horizontes,
 uña y carne de ríos y montañas,
 sin manos que cerrasen las puertas
 ni llaves que dejasen nuestra amistad en la calle.
 Te he dejado mi cuerpo muchas veces
 para que lo llevaras
 hasta el tronco del árbol donde tus iniciales han crecido
 y le cortaste una hojita
 que llevarte a los labios.
 Te he dejado mi cuerpo para que lo tendieses
 bajo este cielo nuestro,
 sobre la dulce hierba nueva,
 que canta con sus verdes lenguas de fe
 la esperanza de la tierra en el hombre.
 Te he dejado mi cuerpo para que germinaras
 en este aire que lleva nuestra vida en los dientes.
 Y ahora, que ya has visto con mis ojos, te entrego
 el amigo y la lumbre, la casa y el descanso,
 tal como lo vivimos en esta primavera.

(Entre cuatro paredes, 1949-1963)

UN DÍA HABRÁ una isla
 que no sea silencio amordazado.
 Que me entierren en ella,
 donde mi libertad dé sus rumores
 a todos los que pisen sus orillas.
 Solo no estoy. Están conmigo siempre
 horizontes y manos de esperanza,
 aquellos que no cesan
 de mirarse la cara en sus heridas,
 aquellos que no pierden
 el corazón y el rumbo en las tormentas,
 los que lloran de rabia
 y se tragan el tiempo en carne viva.
 Y cuando mis palabras se liberen
 del combate en que muero y en que vivo,
 la alegría del mar le pido a todos
 cuantos partan su pan en esa isla
 que no sea silencio amordazado.

(Las islas en que vivo, 1960-1967)

EL ÚLTIMO INQUILINO

¡Qué ágil se desliza
 tu zarzal con bigotes,
 los tres pies
 en
 que
 enarcas
 siete vidas
 desde la escoba del medalagana!

(Hacia la libertad, 1977)

